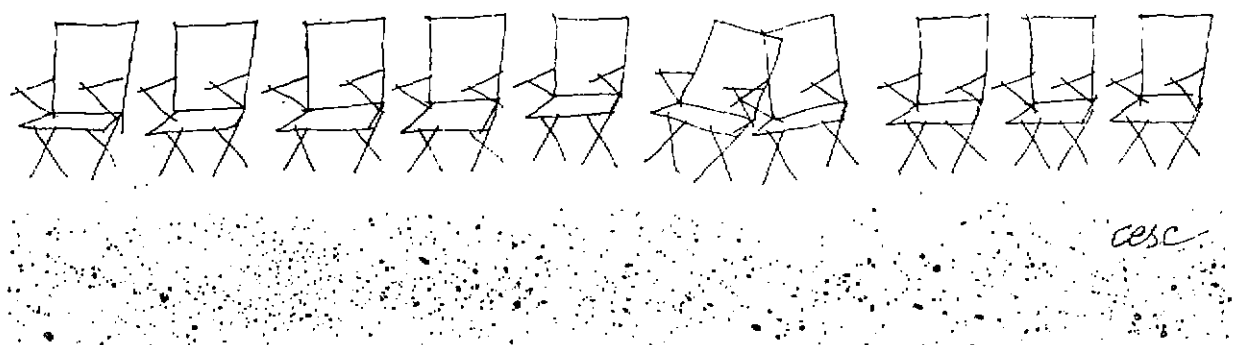


El humanismo no caducado

por JORDI DALMAU



La sutileza del dibujo de Cesc, con su pareja de sillas buscando el íntimo diálogo, expresa bien significativamente el valor receptivo del noviazgo. Y puede simbolizar también esa atención que el S.P.M. presta en nuestras comarcas a la juventud en su etapa prematrimonial

No es cosa de todos los días poder dejar constancia de que se está llenando satisfactoriamente un vacío que nuestra época arrastraba de otras generaciones. La idea de «servir» está germinando sobre un terreno concreto; por ahí es por donde debe empezar todo «servicio»: por la concreción, por la necesidad que clamaba, aun sin voz determinada. Nuestra época está ya de vuelta de las abstracciones inútiles.

Fue exactamente el «caminante, no hay camino: se hace camino al andar», del poeta, como empezó en las comarcas gerundenses un nuevo servicio encaminado a la juventud y, más concretamente todavía, a aquellos jóvenes que piensan realizar su matrimonio en un plazo inmediato. Nos referimos a la realidad del «Servicio de Preparación al Matrimonio», conocido entre nosotros por sus iniciales S.P.M.

La general necesidad de humanismo, de sensibilizarse socialmente, está cristalizando en una experiencia muy gerundense y muy colectiva a la vez. Queremos citar algunos puntos importantes del servicio que ya se está ofreciendo y va madurando. En primer lugar, desde el punto de vista teórico, pueden servirnos unas palabras del Dr. Paul Chauchard, de la «École des Hautes Études» de la Sorbona: «Parece que hoy cualquier humanismo haya caducado. Y esto influye en las transformaciones de la educación, ya que por un lado la vieja sabiduría popular de antaño, la del artesano, la del payés, va en camino de desaparecer; por otra parte, las humanidades tradicionales que parecían reservadas a una pequeña «élite», con el acceso de todos a la educación, la educación de masas, está también en vías de desaparición. Pero no hay que ser pesimistas:

porque existe una tendencia a la objetividad, a no quedarse en el sueño sino a buscar la eficacia de la acción, del análisis serio, y también el hecho de que ya no existe, como antes, un trabajo solitario.»

Son más de 1.400 las parejas de novios que en nuestras comarcas han llegado al matrimonio con un bagaje de preparación notoriamente mejorado respecto al que llegaron nuestros abuelos y nuestros padres. Son unos treinta los pueblos que han estado atentos a la primera insinuación del S.P.M. en el sentido de servir a esta juventud de hoy, tan mitificada por unos y tan temida por otros. Pero la juventud real, la sin caricatura, la auténtica, encuentra en esta su etapa prematrimonial aquello que deseaba sin decirlo en palabras y no se lo daban las viejas estructuras familiares, educacionales, ni las eclesiales. El aire juvenil no admite el arcaico dogmatismo, pero sí que acepta la objetividad, el «no quedarse en el sueño» y — por descontado — se apasiona por el análisis serio. Y existe también el respeto hacia una cosa que nos envuelve: la técnica. El propósito del S.P.M. es aprender y ofrecer una técnica, la más viva y tal vez la más olvidada: la técnica de ser persona adulta. «Enseñar a aprender es otro nombre de la técnica del humanismo — continuaría diciendo Chauchard — y la deficiencia más considerable de la pedagogía de hoy es que no se enseña a vivir.»

Pasando a un terreno de crónica más próxima, el S.P.M. se manifiesta organizando sus periódicos cursos prematrimoniales. A lo largo de un determinado número de sesiones son puestos sobre la mesa redonda del coloquio — verdadera escuela activa — los sucesivos temas de psicología, comunidad conyugal, espiritualidad, temas médicos, la familia ante el mundo de hoy, la fecundidad, y otros. El Servicio cuenta con las necesarias personas, grupos integrados y amasados en la aportación de vivencias, ciencias y testimonios directos; así se han reunido unos matrimonios, médicos, sacerdotes, licenciados, que a la

hora de realizar la puesta en común llevan todos su fe en la juventud, su disponibilidad y su tiempo. Con estas características se inició el «Servicio de Preparación al Matrimonio»; fue una promoción popular, de abajo arriba, y el primer surco se abrió en Banyoles. Unas parejas de novios realizaban «su» cursillo prematrimonial según el procedimiento por correspondencia, utilizando el texto que procedía del Centro Católico de la Universidad de Ottawa (Canadá); a la aridez del sistema por correspondencia se unía la dificultad de algún tema y la imposibilidad de coloquio directo; unos matrimonios, puestos en abierta actitud de servicio cubrieron las necesidades surgidas. Pero aquello era algo más importante. Era la semilla que se está convirtiendo en el frondoso árbol que ya tenían entonces muchos países europeos. Y sobre aquel texto inicial canadiense cayó naturalmente el peso del tiempo, de la latitud de procedencia y — sobre todo — el «aggiornamento» urgido por el posconcilio. Se imponía plantearse la necesidad de un nuevo esfuerzo: una convocatoria de confianza y de respeto, una llamada a quienes podían encariñarse con la empresa. Fue llamada silenciosa de puertas afuera, y eficaz de Servicio adentro, porque hoy el S.P.M. cuenta con una edición de su propio «Cursillo Prematrimonial» que sin duda no tardará en ser estudiado y considerado como se merece en los ambientes pastorales del país.

Si un día se pudiese contar con la estructuración de la pastoral de inicio de juventud — nos referimos a aquella que englobaría a quienes no piensan todavía en el matrimonio — y con la pastoral familiar, sería un buen tríptico de mayoría de edad. Hoy por hoy la realidad atendida es la etapa prematrimonial. Las otras dos — anterior y posterior a ella — deberían ser prólogo y continuación. Esperamos que todo sea completado. «Entramos verdaderamente en la época de la búsqueda», decía Teilhard de Chardin, profetizando. Los hechos del Servicio de Preparación al Matrimonio ya son de esta época. Difícil. Pero nuestra y querida.